

CUENTO N° 184

TÍTULO: LOS CAMINOS ANDADOS

SEUDÓNIMO: MAITÉN

AUTORA: MIRIAM GLICERIA BASTIDAS DE FERREBUS

Los caminos andados

Marcela tiene 68 años, nació en un caserón centenario de gruesas y altas paredes de bahareque, ventanas de barrotes de madera, una entrada de dos hojas de madera vieja curtida, haciendo alarde de sus años y clavijas de hierro entrelazadas proporcionaban la seguridad. Piensa que marcaron su infancia, le fascinaba el mecanismo.

La bienvenida a esta nueva vida se la dio su abuela materna, quien fungió de comadrona, cuidando de ella y su madre con devoción y sabiduría. La madre cuando contaba estas historias recordaba este único parto donde la abuela la guió y de ahí en 40 días le prohibió y cuidó para que no pusiera un pie en el suelo, recordaba con melancolía ese cuidado y protección de la abuela.

En esa casa, los abuelos y los tíos pasaban el lluvioso invierno y descansaban del intenso trabajo de sembrar y cuidar el ganado en el campo, donde vivían en verano. El patrimonio de cada uno estaba en cada becerro y potro, que según la ley del abuelo, le correspondía al que lo atendiera en el nacimiento y era quien tenía el deber y el derecho de asignarle un nombre, y encargarse de su cuidado.

Ese caserón ya no existe físicamente pero su recuerdo está aún incrustado en Marcela, lo recuerda como una fortaleza grande, segura, hermosa, con grandes patios llenos de árboles y naturaleza, donde la vida transcurría plácidamente. Siempre llena de familia, con una madre ocupada cuidando los animales que recogía, sus hijos, su esposo y amigos que llegaban.

La sala principal estaba revestida de cuadros grandes de familiares que Marcela nunca conoció, algunas habitaciones eran largas y oscuras, le producían mucho

miedo, cuando le tocaba pasar por esas puertas, lo hacía corriendo por temor a los fantasmas centenarios que ahí habitaban, ese caserón tan grande también la hacía sentirse chiquita. Fue una niña callada, tímida, desde pequeña se escondía en las faldas de su madre para mirar el mundo desde ahí, situación que preocupaba a su mamá y la llevó en años posteriores a enviarla a otra ciudad con la intención de solucionar esa niña miedosa y asustadiza, comportamiento que no era lo que ella soñaba para su hija.

Fueron esas experiencias que propiciaron en Marcela vivir desde un mundo interior muy rico, fue aprendiendo a percibir sentimientos, emociones, que quizás a esa edad no tenían nombre pero de alguna manera lo recuerda como muchos años de entrenamiento, en la soledad de su ser.

La decisión que la madre de Marcela tomó de enviarla a un internado para ayudarla a crecer y educarla en otro ambiente, fue como abrir un grifo por donde fluía todo un mundo nuevo, diferente. En ese momento lo sufrió muchísimo, lloró, adelgazó, pero fue adaptándose. Era un colegio de monjas en una ciudad cosmopolita en comparación con el pueblo de dónde provenía, conociendo un mundo de personas de un sector de la sociedad con características totalmente nuevas para ella; eso le enseñó que podía aprender a moverse como pez en el agua en cualquier estanque, aún ahora muchos años después, es cuando más valor le da a esa iniciativa de su madre; le cambió la vida totalmente a ella y a sus futuros hijos. Fue un gran regalo y un preciado legado, aún cuando en ese momento solo pudo verlo como un castigo, apartada de la casa de la familia y haciendo de ella una paria itinerante y extraña a todos.

Ya nunca más perteneció a ningún lugar, con una libertad y un ser individual que aún no se cansa de agradecer el precio que tiene.

La salida del seno familiar la fue llenando de asombro y de ganas de aprender; le gustaba y le temía. Como joven adulta inicia un nuevo camino, estudiar en la universidad, en una gran ciudad, poblada de edificios, montañas, gente, experiencias, un clima diferente.

Era como una gran madeja que iba deshilando, y Marcela tejía sus propias formas, expectante, solo había que cumplir con las reglas previamente diseñadas y aprendidas, gobernaban su existencia.

De ahí en adelante, cada cosa que hiciera sabía que dependía de ella lograrlo o no. Las viejas paredes que le daban seguridad habían quedado muy atrás, pero la fortaleza que representaban ya estaban dentro de ella.

Lentamente se fue sumergiendo en esa esperada y obligada travesía: pareja, hijos, profesión, rutina, logros, convencida de llegar a la cima.

Ya a los 60 años, llegó el momento anhelado de parar y descansar de la faceta profesional y quizás en la vida familiar, los chicos habían crecido, un esbozo de libertad se iniciaba. Retiro soñado a la orilla de la playa, increíble no hacer nada, Marcela se preguntaba cómo pudo vivir tantos años sin unas vacaciones de verdad; aunque las que tuvo aún hoy las siente como lo máximo, disfrutando la familia.

En esa plenitud de lo conseguido, surge un cambio, este es urgente, radical, porque no estaba programado.

La situación política y económica del país seguían deteriorándose, los hijos ya en el extranjero se proponen llevarse a sus padres; Marcela y su compañero de toda la vida, aceptan. Lo ven como una buena solución, se reunirán de nuevo, compartir, abrazarse, acurrucarse con sus hijos, sus grandes amores; seguirán siendo familia.

Inicia un nuevo camino, ahora en otro país.

Se encuentran con una ciudad hermosa que descubrir, goza de cuatro estaciones, costumbres y hábitos diferentes, el mismo idioma, algo a favor.

Ser una extranjera, con todo lo que eso conlleva, pensamientos y sentimientos abrumadores, comenzar a digerir lo ocurrido y darse cuenta en ese momento de un problema mayor: sus entradas económicas, beneficio de sus tantos años trabajados, son agua entre las manos en este nuevo camino.

Apenas comienza a percibir de qué se trata, de lo que realmente significaba. Al comienzo era un simple ¿cómo me engrano económicamente en este país?, Marcela comienza a tocar puertas, ninguna se abría para ella.

¿Razones? muchas, las leyes, exigencias y una mayúscula: la edad, ahora pertenecía a un grupo etario que significa limitaciones y desventajas a la hora de comenzar de nuevo.

Subyacente a esta situación, Marcela venía con un ego pagado de los logros de su anterior vida programada y propuesta, una vida planificada, trabajada, y al fin jubilada a vivir de lo logrado, y de pronto ya no está, no existe, todo se esfumó.

Va surgiendo una extranjera, anímicamente perdida, errante, perdiendo su centro, su razón de ser, ¿quién es Marcela ahora?

Toda su estructura se había caído al piso y ni siquiera podía recoger los cristales rotos para pegarlos, ¿alguien o algo había muerto?

El camino conocido se había acabado, el estupor y el dolor no le permitían mirar por dónde seguir.

Sus hijos habían asumido sus vidas con entereza, responsabilidad, usando sus propias fortalezas como el caserón de sus abuelos donde habían sido cuidados y amados en muchas ocasiones de su infancia. Así ellos asumieron a sus padres: techo, comida, medicinas, todo lo que requerían para estar bien.

Pero Marcela requería recuperar su propio ser, su propia vida, ese centro que la había llevado de la mano toda su existencia y que ahora sentía que no estaba. No había tenido idea de su valor hasta que lo pierde.

Inició su propia búsqueda, no era nadie sin ella misma. Ardua labor, consiguiendo atajos, en ocasiones atropello de sentimientos, pensamientos, apegándose a lo que había aprendido en su profesión: "existía un ser interior que vino a evolucionar, crecer", estaba equivocada, había trabajado hasta ahora con el exterior, con el afuera, con lo que se ve, y había dejado de lado el más importante.

En todo ese periodo, el universo conspira y le va proporcionando de diferentes fuentes, herramientas, encuentros, situaciones, y comienza a descubrir su interior, el real, donde las reglas eran otras, que no eran tales.

Otra manera de vivir, de entender y sentir, de cuestionar su relación con el mundo, sutil, suave, que también requiere disciplina, voluntad, templanza.

Y empieza a vislumbrar un pequeño esbozo de ese centro que no conocía, entendiendo por qué fue tan fácil perderse, porque nunca lo tuvo. Nunca fue real, se quedaba en la forma, no conocía el fondo.

Aún hoy continúa en esa labor, apenas da los primeros pininos en esa senda tan gratificante como la anterior, más consciente en ese compartir desde el corazón, en ese sentir conexión con la creación desde lo más ínfimo, con bondad y alegría en ese respeto por la grandeza del universo.

Agradecida a la vida y al Infinito por haber permitido vivir, entender, y darse cuenta que la existencia es cambio, transformación, y aceptación ante cada camino que se va aperturando.

